



## CAPÍTULO VII.

Muda Gil Blas de acomodo, pasando á servir á Don Gonzalo Pacheco.



TRES semanas despues de este casamiento, queriendo mi ama recompensar mis buenos servicios, me regaló cien doblones, y me dijo:—Gil Blas, yo no te despido de mi casa; puedes mantenerte en ella todo el tiempo que quisieres; pero sábetelo que D. Gonzalo Pacheco, tío de mi marido, desea mucho seas su ayuda de cámara. Le he hablado tan bien de tí, que me ha pedido te persuada á que vayas á servirle. Es un señor ya de dias, pero de bellissimo genio, y estoy cierta de que te irá muy bien con él.

Dí mil gracias á Aurora por sus favores; y como ya no necesitaba de mí, acepté con tanto mas gusto el partido que me proporcionaba, cuanto que yo no salia de entre la familia. Fuí, pues, una mañana de parte de la recién casada á casa del Señor Don Gonzalo, que todavia estaba en la cama, aunque era cerca de medio dia. Entré en su cuarto, y le hallé tomando un caldo que acababa de traerle un paje. Tenia el buen viejo los bigotes envueltos en unos papelillos, ojos hundidos y casi amortiguados, un rostro descarnado y macilento. Era de aquellos solterones que, habiendo sido muy libertinos en la mocedad, no son mas contenidos en la vejez. Recibiómelo con agrado, y me dijo que, si le queria servir con el mismo celo con que habia servido á su sobrina, podia contar con que me haria feliz. Ofrecíle emplear igual esmero en cumplir con mi obligacion en su casa que en la de su sobrina, y desde aquel momento me recibió en su servidumbre.

Héme aquí, pues, con un nuevo amo, el cual sabe Dios qué hombre era. Cuando se levantó creí estar viendo la resurreccion de Lázaro. Figúrese el lector un cuerpo alto y tan seco que, si se le viese en cueros,

seria á propósito para aprender la osteología: las piernas eran tan chupadas que, aun despues de tres ó cuatro pares de medias que se puso, me parecian delgadísimas. Además de esto esta mómia viviente era asmática, acompañando con una tos cada palabra. Luego tomó chocolate; y mandando despues que le trajesen papel y tinta, escribió un billete que cerró y entregó al paje que le habia servido el caldo, para que le llevase á su destino. Apenas partió éste, cuando volviéndose á mí, me dijo:—Amigo Gil Blas, de aquí adelante pienso que seas tú confidente de mis encargos, particularmente los respectivos á Doña Eufrasia, que es una jóven á quien amo, y de quien soy tiernamente correspondido.

—¿Santo Dios! dije prontamente para mi capote, ¿y como podrán los mozos dejar de creer que los aman, cuando este viejo chocho está persuadido de que lo idolatran?—Hoy mismo, prosiguió él, irás conmigo á casa de esta señora, porque casi todas las noches ceno con ella. Te quedarás admirado de ver su modestia y compostura. Muy léjos de imitar á aquellas loquillas que se pagan de la juventud y se prendan de las apariencias, es ya de un entendimiento claro y de un juicio maduro; no busca en los hombres sino el buen modo de pensar, y prefiere á la belleza del rostro una persona que sepa amar. No limitó á solo esto el señor Don Gonzalo el elogio de su dama, sino que se empeñó en persuadirme que era un compendio de todas las perfecciones; pero encontró con un oyente difícil en dejarse convencer sobre este punto. Despues de haber cursado en la escuela de las comediantas, y sido testigo ocular de todas sus maniobras, nunca creí que los viejos fuesen muy afortunados en amor. Sin embargo, fingí, por complacerle únicamente, que le creía, y aun hice mas, pues no solo alabé la discrecion y el buen gusto de Doña Eufrasia, sino que me adelanté á decir que tampoco ella podria encontrar otro sugeto mas amable. El buen hombre no conoció que yo le lisonjeaba; antes por el contrario tomó por verdadera mi alabanza. Tanta verdad es que nada se arriesga en adular á los grandes, pues admiten con gusto aun las lisonjas mas desmedidas.

Despues de esta conversacion comenzó el viejo á arrancarse con unas pinzas algunos pelos blancos de la barba: se lavó los ojos que estaban llenos de lagañas: lo mismo hizo con los oidos, manos y cara; y concluidas sus abluciones, se tiñó de negro el bigote, las cejas y el pelo, gastando en el tocador mas tiempo que emplea una viuda vieja empeñada en desmentir el estrago de los años. No bien habia acabado de vestirse, cuando entró en su cuarto el conde de Azumar, amigo suyo, y tan viejo como él; pero muy diferente en todo lo demas. Este traía sus venerables canas descubiertas, se apoyaba en un baston, y en vez de querer parecer jóven mostraba hacer alarde de su ancianidad.—Amigo Pacheco, dijo luego que

entró, vengo á comer contigo.—Bien venido, conde, le respondió mi amo, y al mismo tiempo se abrazaron, y pusieron á hablar mientras se hacia hora de sentarse á la mesa. Al principio fué la conversacion sobre una corrida de toros que pocos dias antes se habia celebrado, y hablaron de los picadores que habian mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto el viejo conde, á manera de aquel otro Nestor, á quien todas las cosas presentes le servian de ocasion para alabar las pasadas, dijo suspirando:—Ya no se hallan hoy los hombres que se veian en otros tiempos. Ni los toros, ni los torneos se hacen con aquella magnificencia con que se hacian en nuestra mocedad.

Yo me reía interiormente de la ridícula preocupacion del señor conde de Azumar, el cual no se contentó con aplicarla únicamente á los toros y á los torneos, pues cuando se sirvió la fruta en la mesa dijo, mirando unos escelentes melocotones que se habian puesto en ella:—En mi tiempo eran mucho mayores los melocotones de lo que son ahora: la naturaleza se debilita cada dia.—Segun eso, dije yo entonces para mí sonriéndome, los melocotones en tiempo de Adan debian ser de enorme tamaño.

Detúvose el conde de Azumar con Don Gonzalo hasta cerca de la noche. Luego que éste se desembarazó de él, salió de casa, diciéndome le acompañase, y fuimos derechos á la de Eufrasia, distante como cien pasos de la nuestra. Encontrámosla en un cuarto alhajado con primor. Estaba vestida con gusto, y mostraba un aspecto de tan florida juventud, que casi parecia una niña, sin embargo de que ya llegaba por lo menos á los treinta. Podia pasar por linda, y desde luego admiré su talento. No era de aquellas cortesanas que brillan por su locuacidad, por su desembarazo y por su desenvoltura. Tanto en sus acciones como en sus palabras sobresalia en ella el juicio, la modestia y la penetracion. Sin afectar ingenio, se echaba de ver en todo lo que decia. Consideréla yo con no poca admiracion, y dije:—¡Oh cielos! ¿es posible que pueda ser disoluta una muger al parecer tan modesta? Y es que vivia yo persuadido de que necesariamente habia de ser desenvuelta toda dama cortesana. Admirábame aquel aparente recato, sin hacerme cargo de que las tales ninfas saben acomodarse á todos los genios, conformándose al carácter de los ricos y señores que caen en sus manos. Si gustan unos de viveza y atolondramiento, con éstos serán intrépidas y casi locas: si agrada á otros el sosiego y compostura, siempre las encontrarán con un exterior tranquilo, honesto y virtuoso. Verdaderos camaleones, mudan de color segun el genio y humor de las personas que las visitan.

No era Don Gonzalo del gusto de aquellos caballeros que se pagan de hermosuras desenvueltas, antes se le hacian insufribles; y para que le agradase una muger era menester que tuviese cierto aire de modestia.



Así Eufrasia, gobernándose por esta idea, hacia ver que habia mas comediantas que las que representan en los teatros. Dejé á mi amo con su ninfa, y pasé á una sala, donde me encontré con una ama de gobierno, vieja, que yo habia conocido cuando era criada de una comedianta. Ella tambien me conoció inmediatamente, y representamos una escena de reconocimiento digna de una comedia.—¿Aquí estás, amigo Gil Blas? me dijo llena de alegría. Segun eso has salido de casa de Arsenia como yo de la de Constanza.—Así es, respondí yo: mucho tiempo ha que la dejé y despues entré á servir á una señora de distincion, porque la vida de la gente de teatro no me acomodaba. Yo mismo me despedí, sin dignarme decir á Arsenia ni una palabra.—Hiciste muy bien, me respondió la vieja, que se llamaba Beatriz; y poco mas ó menos lo hice yo con Constanza. Una mañana le dí mi cuenta luego que me levanté: ella me la recibió sin decirme nada, y de esta manera nos despedimos, como dicen, á la francesa.

Mucho celebro, repuse yo, que tú y yo nos halleemos en casa mas honorífica. Doña Eufrasia me parece señora de distincion, y la creo de muy buen carácter.—No te engañas en eso, respondió Beatriz. Mi ama es una muger bien nacida, como lo manifiestan sus modales; y por lo que toca al genio, será difícil hallar otra mas sosegada, ni mas apacible. No es de aquellas amas altivas y difíciles de contentar, que nada les gusta, que en todo encuentran que decir, gritan sin cesar, mortifican á todos los criados, y es un infierno el servir las. Hasta ahora no le he oido reñir siquiera una vez: tan amiga es de la paz. Cuando hago alguna cosa que no le gusta, me lo reprende sin enfado, y sin prorumpir en aquellos dicitrios de que tanto usan las mugeres soberbias.—Tambien mi amo, repliqué yo, es un señor muy afable: se familiariza conmigo, y me trata como á un igual, mas bien que como á un criado: en una palabra, es el caballero mejor del mundo: en cuanto á esto, vos y yo estamos mejor que cuando estábamos con las comediantas.—Mil veces mejor, repuso Beatriz. Yo llevo ahora una vida muy retirada, siendo así que la de entonces era tan bulliciosa. En nuestra casa no entra mas hombre que el señor Don Gonzalo; y en mi soledad tampoco veré yo á otro que á tí, de lo que me alegro mucho. Tiempo ha que te miraba con buenos ojos, y mas de una vez tuve envidia á Laura porque eras tan amigo suyo. Pero en fin, no desconfio de ser tan dichosa como ella; pues aunque no tenga su juventud ni su hermosura, en recompensa detesto la volubilidad, cuya prenda ningun hombre puede remunerar suficientemente: en punto á fidelidad soy una tortolilla.

Como la buena Beatriz era una de las muchas que se ven obligadas á brindar con sus favores, porque sin eso ninguno los pretenderia, no tuve

la menor tentacion de aprovecharme de su generosidad: pero tampoco me pareció conveniente hablar de manera que pudiese recelar que la despreciaba; antes bien tuve la advertencia de hablarle en términos que no perdiese la esperanza de reducirme á corresponderle. Yo me imaginaba haber conquistado á una criada vieja; pero tambien me engañé miserablemente en esta ocasion. Galanteábame ella, no solo por mi linda cara, sino para grangearme á favor de los intereses de su ama, á quien tenia tanto amor, que ningun medio perdonaba cuando se trataba de complacerla y servirla. Reconocí mi error la mañana siguiente, en que fuí á entregar á Doña Eufrasia un billete amoroso de mi amo. Recibiómelo con agrado, y me dijo mil cosas cariñosas; y la criada dió tambien su pincelada en mi elogio. Una admiraba mi fisonomía; otra hallaba en mí cierto aire de moderacion y de prudencia. Al oír á las dos, mi amo poseía un tesoro en mi persona. En una palabra, me alabaron tanto, que desconfié de sus elogios. Desde luego penetré el fin de ellos; pero los oía con una aparente simplicidad, con cuyo artificio engañé á aquellas bribonas, que al cabo se quitaron la mascarilla.

—Escucha, Gil Blas, me dijo Doña Eufrasia: en tí consiste hacer tu fortuna: procedamos todos de acuerdo, amigo mio. Don Gonzalo es viejo, su salud muy delicada; una calenturilla ayudada de un buen médico basta para echarle á la sepultura. Aprovechémonos bien de los pocos momentos que le restan, y gobernémonos de modo que me deje á mí la mejor parte de sus bienes. A tí te tocará una buena porcion, así te lo prometo, y puedes contar con mi palabra como con una escritura otorgada ante todos los escribanos de Madrid.—Señora, le respondí, disponga vd. á su arbitrio de este su fiel servidor; solamente le suplico me diga lo que debo hacer, y lo demás déjelo de mi cuenta, que espero se dará por bien servida.—Pues ahora bien, repuso ella, lo que has de hacer es observar cuidadosa y diligentemente á tu amo, y darme razon puntual de todos sus pasos. Cuando hables con él, procura con arte introducir la conversacion sobre las mugeres, y toma de aquí ocasion para con destreza y maña decirle mucho bien de mí. Tu mayor estudio ha de ser tenerle siempre ocupado de su Eufrasia, en cuanto te sea posible. Espia con sagacidad si algun pariente suyo le hace la corte con la mira á su herencia, y avísame sin perder un instante, que yo los echaré á pique. No te pido mas. Tengo muy conocidos los diferentes genios de la parentela de tu amo: sé el modo de hacerlos ridículos á los ojos de éste, y ya he desconceptuado en su ánimo á sus primos y sobrinos.

Por esta instruccion, y por otras que añadió Eufrasia, conocí que era una de aquellas mugeres que solo se dedican á complacer á viejos generosos. Pocos dias antes habia obligado á Don Gonzalo á vender una po-

sesion, cuyo precio le regaló. Todos los dias le chupaba algo, y ademas de eso esperaba que no la olvidaria en su testamento. Mostréme muy deseoso de hacer todo lo que me pedia; mas por no disimular nada, confieso que, cuando volvía á casa, iba muy dudoso sobre si contribuiría á engañar á mi amo, ó á apartarle de su querida. Este último partido me parecia mas honrado que el otro, y me sentia mas inclinado á cumplir con mi obligacion que á faltar á ella. Consideraba por otra parte que en suma nada de positivo me habia ofrecido Eufrasia, y quizá por esto mas que por otro motivo no pudo corromper mi fidelidad. Resolví, pues, servir con celo á Don Gonzalo, persuadido de que, si lograba arrancarle del lado de su ídolo, seria mejor recompensado por una accion buena, que por las malas que yo pudiera hacer.

Para conseguir mejor el fin que me habia propuesto, fingí dedicarme enteramente á servir á Doña Eufrasia. Hícele creer que continuamente estaba hablando de ella á mi amo, y sobre este supuesto le embocaba mil patrañas, que la pobre creía como otros tantos evangelios: artificio con el cual me interné tanto en su confianza, que me contaba por el mas ciegamente empeñado en promover sus intereses. A mayor abundamiento aparenté tambien estar enamorado de Beatriz; la cual estaba tan ufana de la conquista de un mozo, que no se le daba un pito de que la engañase, con tal que la engañase bien. Cuando mi amo y yo estábamos con nuestras dos reinas, representábamos dos cuadros diferentes; pero ambos por el mismo estilo. Don Gonzalo seco y amarillo, como ya le he retratado, parecia un moribundo en la agonía cuando miraba á su Filis con ojos lánguidos y amorosos. Mi Nise, siempre que yo la miraba apasionado, remedaba los melindres y acciones de una niña, poniendo en movimiento todos los registros de una truhana vieja y bien amaestrada. Conocíase que habia cursado estas escuelas por lo menos unos buenos cuarenta años. Habíase refinado en el servicio de una de aquellas heroínas del partido, que saben el secreto de hacerse amar hasta la vejez, y mueren cargadas de los despojos de dos ó tres generaciones.

No me bastaba ya el ir con mi amo todos los dias á casa de Eufrasia: muchas veces iba solo, particularmente de dia; y á cualquiera hora que fuese, nunca encontraba en ella á hombre, ni menos á muger alguna que me diese malas sospechas, ó modo de descubrir en Eufrasia el menor indicio de infidelidad. Esto me causaba no poca admiracion, porque no acertaba á comprender cómo pudiese ser tan escrupulosamente fiel á Don Gonzalo una muger jóven y hermosa.

Pero en esta admiracion no habia juicio alguno temerario, pues la bella Eufrasia, como pronto veremos, para hacer mas tolerable el tiempo

que tardaba en heredar á Don Gonzalo, se habia provisto de un amante mas proporcionado á sus años.

Cierta mañana muy temprano fuí á entregar un billete á la tal niña de parte de mi amo, segun la costumbre diaria. Hizome entrar en su cuarto, y divisé en él los piés de un hombre que estaba escondido detras de un tapiz. No dí la mas mínima señal de que le veia; y así que desempeñé mi encargo me salí, sin dar á entender hubiese notado cosa alguna: pero aunque no debia sorprenderme este objeto, y mas cuando en nada me perjudicaba á mí, no dejó con todo de inquietarme mucho.— ¡Ah malvada! decia yo con enfado. ¡Ah traidora Eufrasia! No te contentas con engañar á un buen viejo, haciéndole creer que le amas, sino que te entregas á otro amante para hacer mas abominable tu villana traicion. Pero, bien mirado, era yo muy necio en discurrir de esta suerte. Antes debía reirme de aquella aventura, y mirarla como una compensacion del fastidio y de los malos ratos que Eufrasia sufría con el trato de mi amo. A lo menos hubiera hecho mejor en no hablar palabra, que en valerme de esta ocasion para acreditar me de buen criado. Pero en vez de moderar mi celo abracé con mayor calor los intereses de Don Gonzalo, y le hice puntual relacion de lo que habia visto; añadiendo que Doña Eufrasia habia solicitado corromper mi fidelidad, y en prueba de ello no le oculté nada de lo que me habia dicho; de manera que estuvo en su mano el conocimiento del verdadero carácter de su enamorada. Hizome mil preguntas, como dudando de lo que decia; pero mis respuestas fueron tales, que le quitaron la satisfaccion de poder dudar. Quedó atónito y asombrado de lo que habia oido; y sin que le sirviese en este lance su ordinaria serenidad, se asomó á su semblante un repentino impetu de cólera, que podia parecer presagio de que Eufrasia pagaria su infidelidad.—Basta, Gil Blas, me dijo: estoy sumamente agradecido al celo y amor que me muestras; me agrada infinito tu honrada lealtad. Ahora mismo voy á casa de Eufrasia á llenarla de reconvenciones y á romper para siempre la amistad con esta ingrata. Diciendo esto salió efectivamente, y se fué en derechura á su casa, no queriendo que le acompañase yo, por librarme de la mala figura que habia de hacer si me hallase presente á la averiguacion de aquellos hechos.

Miéntas tanto quedé esperando con la mayor impaciencia que volviese mi amo. No dudaba que, á vista de tan poderosos motivos para quejarse de su niña, volviera desviado de sus atractivos, ó cuando menos resuelto á una eterna separacion. Con este alegre pensamiento me daba á mí mismo el parabien de mi obra; me representaba el placer que tendrían los herederos legítimos de Don Gonzalo cuando supiesen que su pariente ya no era juguete de una pasion tan contraria á sus intereses; me figu-



raba que todos se me confesarían obligados; y en fin que iba yo á distinguirme de los demas criados, mas dispuestos por lo comun á mantener á sus amos en sus desórdenes, que á retirarlos de ellos. Apreciaba yo el honor, y me lisonjeaba de que me tendrían por el corifeo de todos los sirvientes; pero una idea tan halagüeña se desvaneció pocas horas despues; porque volvió mi amo, y me dijo:—Amigo Gil Blas, acabo de tener una conversacion muy acalorada con Eufrasia. Llaméla ingrata, aleve; llenéla de improperios. ¿Pero sabes lo que me respondió? Que hacia mal en dar crédito á criados: sostiene con empeño que me has hecho una relacion falsa. Si he de creerla, tú no eres mas que un impostor, un criado vendido á mis sobrinos, por cuyo amor no perdonarias medio alguno para ponerme mal con ella. Yo mismo la ví derramar algunas lágrimas, y lágrimas verdaderas: me ha jurado por quanto hay de mas sagrado, que ni te habia hecho la mas mínima proposicion, ni ve á ningun hombre. Lo mismo me aseguró Beatriz, que me parece muger honrada é incapaz de mentir; de modo que, contra mi propia voluntad, se desvaneció todo mi enojo.

—¿Pues qué, señor, interrumpí yo con sentimiento, dudais de mi sinceridad, desconfiais de...—No, hijo mio, repuso él, te hago justicia: no creo que estés de acuerdo con mis sobrinos; estoy persuadido de que solo por buen celo te interesas en todo lo que me toca, y te lo agradezco; pero muchas veces engañan las apariencias. Puede suceder que realmente no hubieses visto lo que te pareció ver, y en tal caso considera lo mucho que habrá ofendido á Eufrasia tu acusacion. Mas sea lo que fuere, yo no puedo menos de amarla. Así lo quiere mi estrella; y aun me ha sido indispensable hacerle el sacrificio que ecsige de mi amor: este sacrificio es despedirte. Siéntolo mucho, mi pobre Gil Blas, continuó, y te aseguro que no he consentido en ello sin aficcion; mas no puedo pasar por otro punto; compadécete de mi debilidad. Lo que te debe consolar es, que no saldrás sin recompensa; fuera de que ya he pensado colocarte con una señora amiga mia, en cuya casa lo pasarás perfectamente.

Quedé mortificadísimo al ver que mi celo habia redundado en mi perjuicio. Maldije mil veces á Eufrasia y lamenté la flaqueza de Don Gonzalo en haberse dejado dominar de ella. No dejaba tampoco de conocer el buen viejo que, en despedirme de su casa, solo por complacer á su dama, no hacia la accion mas honrosa. Para cohonestar su poco espíritu, y al mismo tiempo hacerme tragar mejor la pildora, me regaló cincuenta ducados, y él mismo me condujo el dia siguiente á casa de la marquesa de Chaves. Díjole en mi presencia que era yo un mozo de buenas prendas; que él me queria mucho; pero que por ciertos respetos de familia se veia precisado á su pesar á quedarse sin mí, y le suplicaba con el mayor encarecimiento me admitiese de criado. Desde aquel punto me recibió la marquesa, y yo me ví de repente con nueva ama y en nueva casa.